

CUMBERLAND DORSET

A
NEW MAP
OF
ENGLAND,
FROM THE LATEST AUTHORITIES.
By JOHN CARY Engineer
1811.

Scale of Miles 0 to 100



Longitude West from Greenwich 4 Longitude East from Greenwich

ANA ROUX

Lionheart

© de la obra: Ana Roux, 2020

© de las ilustraciones (interior de barco y personajes): Monsters Waltz, 2020

© de las guardas: Anastasiia M/shutterstock.com

© de los detalles: rawpixel.com

Mapa de Inglaterra: John Cary, 1811

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: marzo de 2020

Maquetación: Mar Yari M. F.

Impreso en España / *Printed in Spain*

GZ Printek, S.A.L.

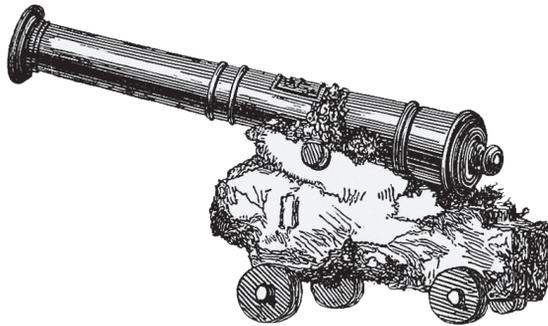
Código IBIC: YFB

ISBN: 978-84-17834-58-6

Depósito Legal: M-40337-2019

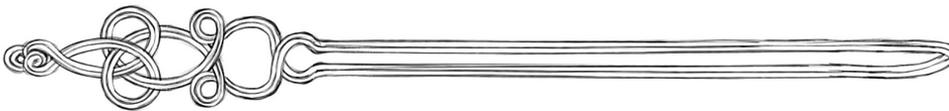
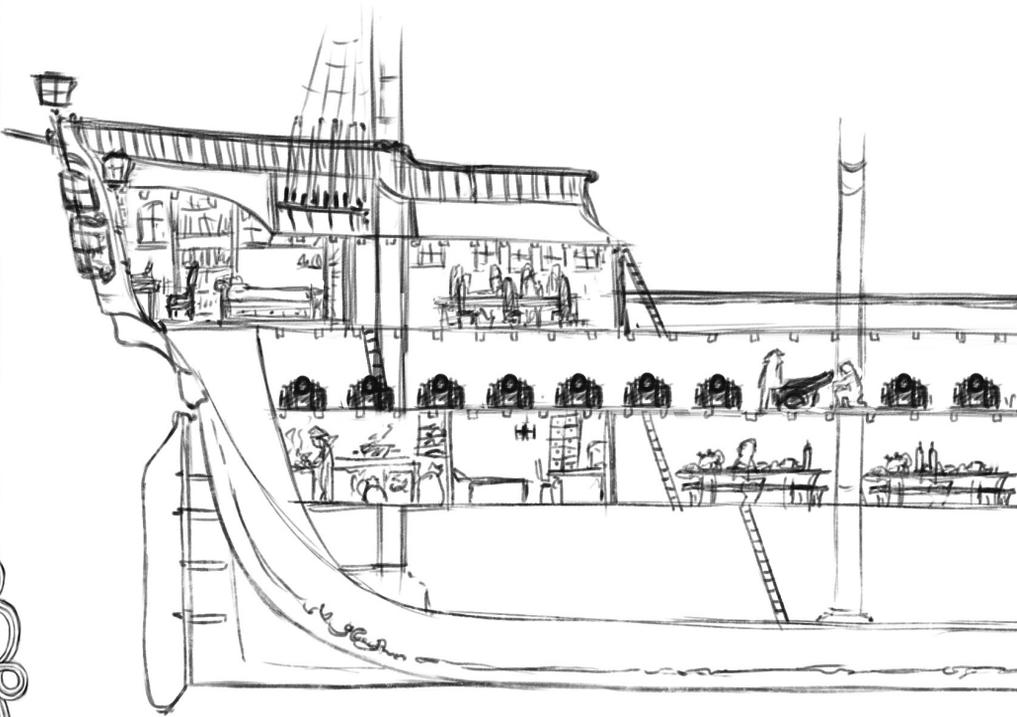
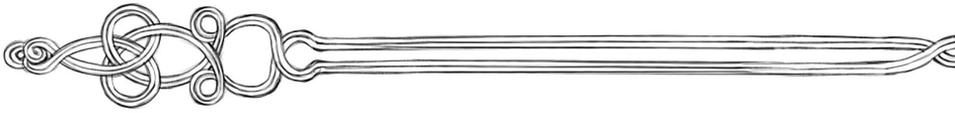
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

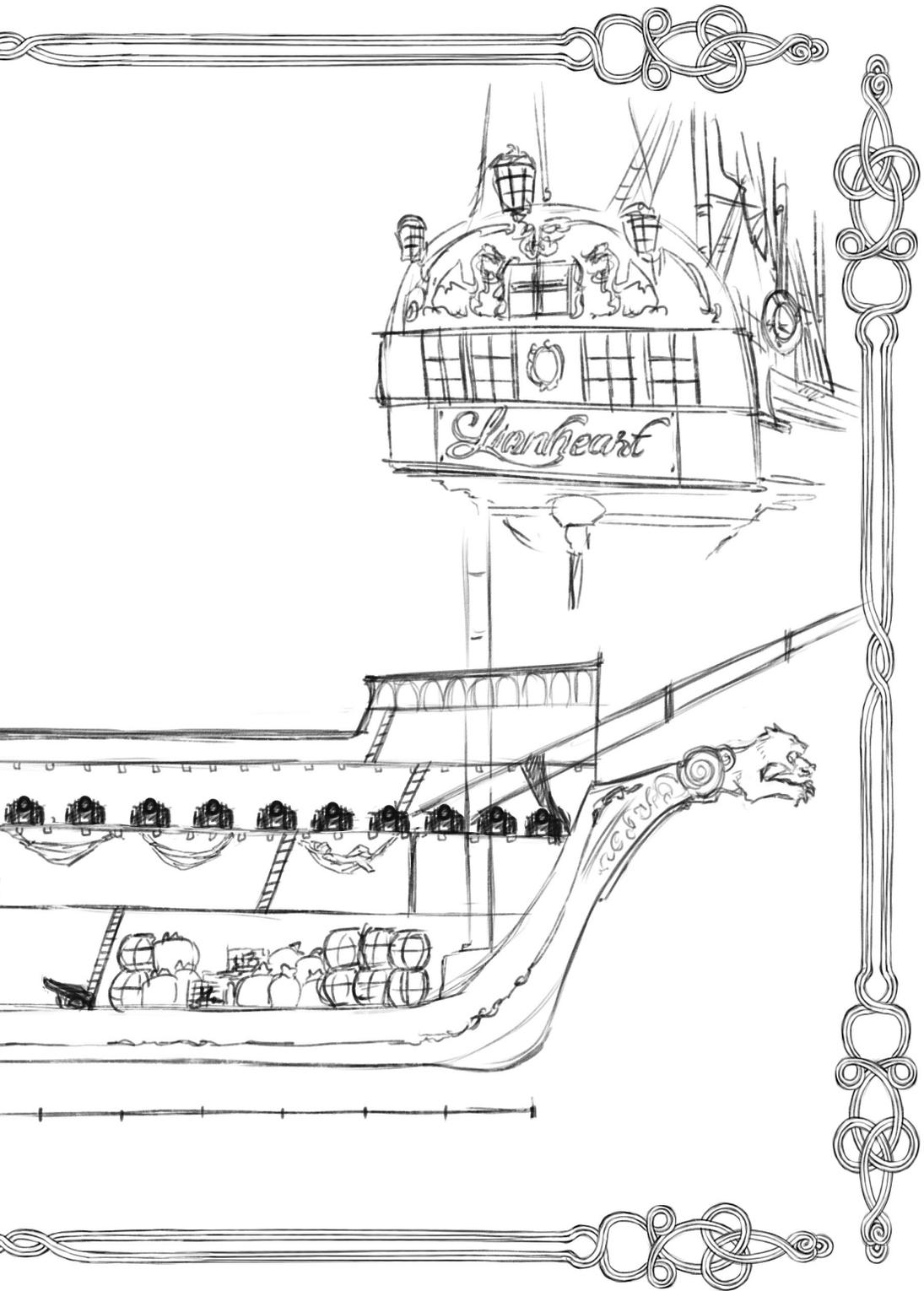
*Para Victoria,
que me diste toda una historia a cambio de un solo barco*

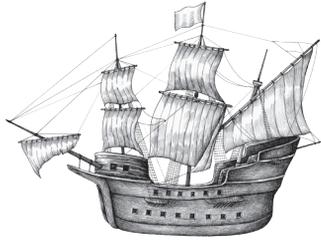


*Mira hacia delante, no hacia atrás. Corrige el rumbo y sigue.
No puedes deshacer el camino de ayer.*

ROBIN HOBB:
Las naves de la magia







1

La bala de cañón silbó en el aire antes de estrellarse contra el navío. La madera del casco crujió con el impacto, pero aguantó el envite sin abrir ni una grieta. El viento del oeste pareció celebrarlo con un silbido, que sacudió el barco de proa a popa hasta hacerlo cabecear entre las nubes. Un rey balanceándose en su trono.

—¡Batería de estribor, recargad!

Los marineros se afanaron en tirar el carro de los cañones hacia atrás para volver a introducir dentro la pólvora y las balas. En sus oídos restallaban las voces de los oficiales al mando de cada división, repitiendo las órdenes del primer teniente.

—¡Destrincad los cañones! ¡Nivelad el carro! ¡Sacad los tapabocas! ¡Cebad! ¡Las bocas por las portas! ¡Apuntad los cañones!

—Todo listo, señor.

El capitán Fellowes asintió desde el alcázar de popa. Su cabello rubio veteado de blanco se mecía al viento, al igual que su abrigo de lona ya empapado por la humedad de las nubes que los rodeaban, que protegía la tela azul y dorada de su uniforme de la Marina Aérea. Una gota resbaló por las arrugas de su frente al hinchar el pecho para coger aire.

—¡Fuego!

La orden pasó de oficial a oficial con un grito que resonó al mismo tiempo en dos centenares de gargantas.

—¡FUEGO!

Cada mecha prendió en menos de un segundo y una nueva andanada de plomo salió disparada hacia el barco enemigo. Esta vez, los proyectiles alcanzaron de lleno su objetivo. Incluso a un cable de distancia, desde la cubierta percibieron el sonido de la madera al quebrarse en un millar de astillas y los gritos de dolor de los marineros acuchillados por la metralla.

Fellowes sonrió mientras su tripulación soltaba un alarido de triunfo.

—Señor Marlow, acerque el navío. Vamos a abordarles —le indicó a su segundo oficial, a cargo del timón durante la batalla—. Señor Byrne, preparen una nueva descarga a mi señal.

—Sí, señor —respondieron ambos tenientes.

El capitán se apoyó en el pasamanos y observó el aire que les separaba de su presa. No tardaría en ser suya. Después de semanas atascados por el bloqueo francés, intercambiando cañonazos inútiles en la distancia, todos los que iban a bordo de la fragata *HMS Lionheart* estaban sedientos de un poco de acción.

Mientras en los otros frentes se enriquecían con oro y honores, el destacamento de la Armada Aérea de su Majestad en el Atlántico Sur languidecía sin pena ni gloria en medio del vasto océano. Flotaban a mil pies por encima del mar en calma, tan alto que ni los albatros se acercaban a saludarlos, aguantando el empuje del aire como estatuas mortecinas. En esa época del año, ni siquiera las corrientes de los alisios resultaban peligrosas, y tenían más riesgo de ser engullidos por las serpientes marinas, que creían ver saltar entre

destellos sobre la superficie, que de morir atravesados por un balazo enemigo.

Aunque tampoco es que ningún marinero quisiera descender para comprobar si eran reales o no. De piedra o de carne y hueso. Corrían demasiadas historias sobre lo que los maestros alquimistas de ambos bandos habían conseguido recrear en sus laboratorios, y los monstruos mecánicos de fauces afiladas como riscos no eran la peor de ellas. Desde cañones que disparaban de un lado del Canal de la Mancha al otro, hasta soldados hechos de roca que marchaban imparables sobre los campos franceses.

Fellowes sintió un escalofrío arañándole la columna. Sólo de imaginar a Bonaparte con esa clase de poder en sus manos se le helaba la sangre. Por eso le enervaba tanto estarse quieto, sin hacer nada, como un león enjaulado. Rozó con el pulgar la empuñadura de su sable, que centelleó como si tuviera un millar de luciérnagas engarzadas en el metal maleado por la alquimia, preparándose para usar su poder y rasgar la carne enemiga como si fuera mantequilla. Aquella descarga le erizó el vello del antebrazo.

Sus órdenes eran guardar estoicamente aquella frontera invisible por el bien de la civilización y frenar el empuje del enemigo, pero todos sabían que los barcos franceses campaban a sus anchas al otro lado del bloqueo y eran ellos los que estaban atrapados en aquella pesadilla. Así que, en cuanto tuvo la más mínima oportunidad a su alcance, el capitán Fellowes aprovechó una pequeña grieta en la línea enemiga para colarse por ella, sirviéndose de la oscuridad de la noche. Habían volado durante horas a ras de las olas con el fin de evitar que desde el cielo pudieran divisar el brillo azulado de las filigranas que los maleadores cincelaban en los cascos de los navíos para hacerlos volar.

«Ligeros como plumas, firmes como rocas» era el lema de la Marina Aérea que muchos llevaban tatuado en la piel, además de en el corazón. Hombres valientes. La tripulación lo había seguido en su locura sin una queja, así que su capitán quería brindarles aquella primera presa como fuera.

No era un barco grande, pero, desde la primera vez que enfocó su catalejo en él, Fellowes supo por su forma torpe y lenta de sortear las nubes que transportaba un cargamento que les haría ganar una fortuna a todos los que estaban a bordo de la *Lionheart*. Un botín de guerra, al fin. Los marineros ricos eran marineros contentos, de los que obedecían mejor las órdenes y eran más leales. Todo capitán temía los motines a bordo y él, aunque valiente, no era un necio. Mejor tener a la tripulación contenta, y a poder ser sin abusar de las raciones extra de grog.

Sus oficiales también parecían ansiosos por la captura. Marlow daba instrucciones al timonel con más ahínco de lo habitual y palmeaba la madera con una gran sonrisa que hacía más visibles sus orejas de soplillo. Era un buen marino, pero de disciplina demasiado laxa.

En cambio, el teniente Thomas Byrne era la viva imagen de la compostura. Llevaba los mechones de pelo oscuro recogidos a la altura de la nuca, bien sujetos por su bicornio, y el uniforme siempre impecable, a pesar de los remendones imposibles de disimular. Había salido a cielo abierto desde la bodega y paseaba su figura ancha y robusta por la cubierta con expresión tranquila, sin una arruga en el rostro que no fuera la cicatriz parduzca que le cruzaba la nariz y las mejillas, la cual impedía incluso que llegara a abrir del todo el ojo izquierdo.

Caminaba a grandes zancadas, supervisando cada movimiento y dando instrucciones con el potente vozarrón que todavía asus-

taba a los grumetes más novatos. Sólo se permitió un segundo de descanso al pasar por encima de uno de los cañones todavía humeantes. Fellowes le observó aspirar el aroma de la pólvora con el mismo deleite con el que él disfrutaba del tabaco de su pipa.

Hacía tiempo que había dejado de ser un niño, pero Thomas seguía teniendo aquella aura de valiente que le acompañaba desde que era un grumete que corría por la cubierta de armas con las mejillas sucias de hollín. Un artillero siempre sería un artillero, por más charreteras doradas que ganara su uniforme. Firme en el corazón de la batalla, mirando al enemigo a los ojos sin pestañear.

El capitán se alegraba de veras de haber podido ayudarle a ascender en su carrera. Si había alguien en toda la Armada que amara la *Lionheart* como él, era aquel muchacho.

—Samuel, tengo a mis marines formando y con las armas cargadas. ¿Me vas a dejar poner el primer pie en esa corbeta o no?

El mayor Hansford subió los escalones del alcázar de dos en dos hasta situarse al lado del capitán. Su casaca roja destacaba como una antorcha en mitad de la noche oscura, aunque ni queriendo podría haber pasado desapercibido entre los adustos marineros que lo rodeaban. Era altivo y esbelto como un junco, siempre mirando al mundo desde arriba con una sonrisa ancha, que no se borraba ni en un cara a cara con la muerte.

—*Lord* Hansford —saludó el capitán, a sabiendas de que su amigo ignoraría deliberadamente su tono formal, aunque fuera en medio de una batalla—. En cuanto las cuadrillas de abordaje estén listas, podrá saltar con su infantería desde la cofa del palo mayor si hace falta.

El mayor dio una palmada.

—¡Estupendo!

En ese momento, el barco se estremeció. La nave enemiga llevaba intentando alcanzarlos con sus pequeños cañones de a cuatro desde que emprendió la huida, pero era la primera vez que sus disparos conseguían acertar. El impacto había sido leve, pero los maderos destrozados habían conseguido empalar con astillas del tamaño de saúles a varios marineros, todavía con los grabados alquímicos brillando entre las vetas. No era mala señal: se estaban acercando.

—Señor Cox, que se lleven a los heridos abajo con el cirujano. A las gallinas también, que están estorbando en cubierta —ordenó al mayor de los guardiamarinas, que había asomado su pelo rojizo y sus pecas entre el humo con una sonrisa—. Y que los cañones de proa respondan al fuego concentrándose en sus artilleros, no quiero más bajas.

—¡Sí, señor!

Pero un grupo de cuatro marineros ya se estaba encargando de arrastrar a sus compañeros fuera de la zona de peligro y desaparecer con ellos en las entrañas del barco, llevándose consigo la sangre y los gritos. Así que Phillip Cox se giró para supervisar cómo la división de proa nivelaba el carro del cañón para apuntar bajo las órdenes de Atwood.

Su compañero era el oficial más joven a bordo. Un muchacho pálido y al que apenas le había empezado a salir pelusilla en el bigote, lo que no ayudaba a acallar las bromas que le perseguían cada vez que le daba un ataque de vértigo al asomarse por la borda y ver la tierra firme tan lejana como una maqueta en miniatura.

—Tienes que hacerte oír, Ernest —le reprendió Phillip, llevándose a un aparte discretamente al advertir por enésima vez cómo se le quebraba la voz por un gallo de indecisión—. Tus hombres tienen que oír las órdenes en medio del mismo infierno.

—Lo siento —balbuceó el muchacho con la voz ronca, apartando la nariz del humo de la pólvora para no echarse a toser—. Lo intentaré.

Phillip le palmeó el hombro.

—Buen chico.

El rugido del capitán les llegó entre el azote del viento.

—¡Señor Cox, señor Atwood! ¡Esos cañones!

—¡A la orden! —exclamaron los dos a la vez, cuadrándose.

Fellowes observó con el ceño fruncido cómo volvían apresuradamente al trabajo. A Phillip se le había soltado la coleta por debajo del bicornio con el viento y su melena castaña rojiza se agitaba a la altura de los hombros. Iba a llamarle la atención cuando las señas de su maestro de navegación captaron su interés.

—Está cambiando el viento, señor —dijo el oficial, arrugando el tupido bigote oscuro bajo su nariz ganchuda. Luego, acomodó el catalejo para que no se le enredara en el turbante azul que le cubría completamente el cabello, en un momento en que la cubierta se bamboleó con los estallidos de los cañones—. Un banco de nubes bastante espeso se acerca por el noroeste.

—Gracias, señor Singh. ¿Y los otros nubarrones siguen a nuestra espalda?

—Sí, señor. No se han despejado.

—Bien —replicó, pensativo—. Que todo el mundo asegure sus arneses.

—¡Tripulación, asegurad arneses!

Cada marino en cubierta buscó inmediatamente a su compañero más cercano y pegó un tirón a la cuerda que colgaba desde la cadera para cerciorarse de que no se habían soltado. No había nadie al servicio de la Marina Aérea que no tuviera pesadillas con caer al vacío

por la borda de su barco. Una vez que la cuerda se soltaba a miles de pies sobre el agua y la madera desaparecía bajo las piernas de un desgraciado, estaba perdido para siempre. Ningún bote podría planear tan rápido como para cazar a un hombre en caída libre antes de que se estrellara contra el océano, que desde esa altura se transformaba en un muro de granito.

—Señor Byrne, ¿cómo vamos con esas ranas francesas?

—Estamos ganando terreno, señor, pero aún no han bajado su bandera.

Fellowes alargó la mano y pidió un catalejo. Cuando consiguió enfocar hacia la popa contraria, le cegó el reflejo de un cristal. El otro capitán también le estaba observando.

Su presa estaba cada vez más cerca. Los remolinos de aire le traían a los oídos los gritos nerviosos de sus oficiales, intentando por todos los medios evitar lo inevitable. Unos minutos más y los tendrían a punto para el abordaje. Las cuadrillas de vanguardia ya estaban listas. O bajaban los colores o muchos de ellos morirían en vano. Era cuestión de escoger el menor de los males.

—Capitán.

Fellowes se volvió hacia el maestro de navegación con un mal presentimiento; no le había gustado el tono con el que había llamado su atención.

—Informe, señor Singh.

—El banco de nubes sigue aproximándose, y cada vez más negras. Si seguimos con este rumbo, nos meteremos de lleno en una tormenta.

—¿Cuánto tiempo tenemos de margen?

—Cuatro horas, probablemente, si no cambia el viento otra vez. El capitán reflexionó un instante.

—Bien, entonces infórmeme si cambia.

Singh no parecía del todo conforme, pero asintió.

—Sí, señor.

Fellowes había hecho un cálculo rápido y estaba convencido de poder asegurar su captura en las próximas dos horas. Confiaba en que su capitán fuera lo bastante razonable como para darse cuenta pronto de que era mejor pasar la noche cenando en su cabina como prisionero de honor que como tributo a los peces.

Pero el destino no tenía los mismos planes.

—¡Velas! —gritó el vigía de guardia desde lo alto del palo mayor—. ¡Barco a la vista!

El capitán agarró el catalejo casi más rápido de lo que se lo tendieron. El marinero tenía razón. A unas millas al sureste, atravesando las nubes blancas que los llevaban rodeando desde por la mañana, había aparecido la sombra de un navío de guerra.

—¿Señor? —se atrevió a hablar el teniente Marlow después de unos segundos de tensión—. ¿Es francés?

Fellowes bajó el catalejo.

—Sí, señor Marlow. Un navío francés.

«Y viene hacia nosotros».



2

Fellowes habría querido soltar un puñetazo en la cara de algún cretino francés, pero tuvo que conformarse con golpear el escritorio de su cabina con la palma abierta y arrojar su sombrero al suelo cuando cerró la puerta tras él. Estaba furioso, sobre todo consigo mismo. Sabía que había apuñalado en el orgullo a los bonapartistas al burlar su bloqueo y era de esperar que fueran en su busca, pero hasta entonces se había convencido de que sus perseguidores les habían perdido el rastro.

Al menos un capitán del otro bando cazaba con la misma tenacidad de la que Fellowes se enorgullecía, y había conseguido no sólo sorprender a la *Lionheart* en mitad del cielo, sino también atraparlos entre dos fuegos con el viento a su favor. Si no lo odiara tanto en aquel momento, Fellowes le hubiera felicitado por su astucia. Un frances obstinado que, además, contaba a sus órdenes con un navío de guerra de al menos setenta y cuatro cañones, alineados en sus costados a dos alturas, y seiscientos hombres en sus tripas. El triple que ellos.

Lo único que podía hacer en aquel instante era huir con el rabo entre las piernas y aprovechando todo el viento que pudiera en las velas. Había pasado de depredador a presa. Adiós a sus tres octavos

del botín y a su dignidad. Ordenó virar el timón y desplegar hasta las camisas de repuesto de toda la tripulación si hacía falta con tal de tener algo más de empuje, antes de dejar a su primer teniente al mando.

—Dispare una última andanada a nuestra presa, señor Byrne —le había indicado también antes de bajar a la cabina—. Si queda al borde del naufragio, mejor que mejor. A ver si sus compatriotas franceses hacen caso a su honor y a su conciencia y van a rescatarlos. Así al menos tendremos algo más de ventaja.

No había querido ver el resultado. Si sufría algún revés más, la vena hinchada de su cuello podría llegar a estallar de verdad. Mientras Fellowes comenzaba a abrir cajones y a recoger papeles, desde el otro lado de la puerta le llegó el sonido de unos pasos que bajaban los escalones desde el alcázar. Sonaron tres golpes.

—Adelante.

El mayor Hansford asomó la cabeza.

—Si quieres estar solo, me marchó.

Fellowes masculló algo incoherente, con la lengua trabada por la rabia. Su amigo lo interpretó como una invitación a entrar.

—Creo que es la primera vez en años que preguntas antes de entrar en mi cabina —dijo al fin el capitán mientras seguía acumulando papeles.

—Si siempre llamo a la puerta, Samuel.

—Pero nunca esperas a que te conteste. Te da igual que esté en la letrina.

Ahí el mayor no quiso replicar nada. Se limitó a observar mientras el capitán abría un saquillo de arpillera y metía en él una bala de cañón que sacó de un armario, para luego hacer lo mismo con el montón de documentos que había apilado antes encima de la mesa.

—¿Puedo ayudarte?

—No, no es necesario. Deshacerse de todo esto es responsabilidad del capitán. —«Al menos esto voy a hacerlo bien», pensó. Oír cómo detonaban los cañones sobre su cabeza también le hizo sentir mejor—. El libro con el código de señales de la flota, el cuaderno de bitácora, las cartas de navegación..., vaya pesadilla que sería el consejo de guerra como encima llegara a entregarles esta información a los franceses, además de mi barco.

En el aire, los navíos se comunicaban mediante un código de banderines de colores y cañonazos que cada Armada iba actualizando cada poco tiempo. Hacerse con una copia era uno de los mayores botines que podía obtener un capitán al capturar un barco enemigo. Con él, cualquiera podía interceptar mensajes en batalla, lo que permitía adelantarse a cualquier maniobra de la flota. O tender emboscadas, incluso.

—Has roto el bloqueo tú solo después de meses estancados, Samuel. Lo raro sería que no se levantaran a aplaudirte en ese juicio.

El capitán bufó con sorna.

—Y yo me cagaré en sus elogios mientras un sucio capitán francés pone sus manos en la *Lionheart*. Ni siquiera sabrá cómo se comporta una fragata como esta en un cielo en calma, o cómo tratarla en mitad de una tormenta.

—Sólo tú sabrías hacerlo.

«Mi Leona. Capturada». A Fellowes le temblaban las manos sólo de pensarlo.

—Siento que al final no hayamos podido reunirnos con la flota del comodoro Davis. Sé que te lo prometí hace tiempo.

—No mientas, Samuel. Que a Roger no le puedes ni ver.

—Pero puedo disfrutar de la cena en un rincón mientras vosotros os ponéis al día, y luego retirarme muy sutilmente para dejaros solos con el estómago lleno y sin haber abierto la boca para otra cosa

que no sea tragar. Tengo entendido que su cocinero es uno de los mejores de la flota.

Hansford se echó a reír, aunque con una nota de tristeza en la voz y en los ojos.

—Confiemos entonces en que el joven Byrne nos conduzca lejos del alcance de los franceses. Parecía llevarlo bastante bien cuando he bajado. Es un buen chico, para ser irlandés.

—Mayor.

Fellowes le reprendió con la mirada.

—No me mires así. Sé que a ti tampoco te gustaba al principio con ese acento. —Hansford fue hacia un armario y comenzó a abrir cajones—. Pero él te admira. ¿Sabes que el otro día fui a la cámara de oficiales, a pedir prestada una hoja de afeitar, y me lo encontré en el espejo intentando peinarse como tú, con todo el pelo hacia atrás para hacerse la coleta? Ya le dije que no se esforzara, que tú sólo lo hacías para disimular la calva de la coronilla.

—¡Mayor!

En ese momento, unos golpes sonaron de nuevo en la puerta.

—Adelante.

Phillip entró a la cabina y se quitó el sombrero.

—Con su permiso, señor, y con los saludos del señor Byrne. Me ha mandado para informarle de que conseguimos dañar gravemente la corbeta francesa, pero que el navío de guerra ha pasado de largo sin auxiliarles y sigue en nuestra persecución.

Fellowes maldijo por lo bajo. ¿Dónde quedaba el honor? Con la puerta abierta le llegaban de fondo el ruido del silbato del contra-maestre y el alboroto de la actividad en la superficie del barco.

—Bien. Gracias por la información, señor Cox. Que mantengan el rumbo, yo subiré enseguida.

Unos pasos bajando los escalones a la carrera impidieron que el guardiamarina se retirara.

—Disculpe, señor. —Thomas se quitó el bicornio apresuradamente al atravesar la puerta, agachando la cabeza para no golpearse con el dintel—. He dejado al señor Marlow a cargo del alcázar para venir a informar. El banco de nubes que teníamos delante se ha agrupado aún más y el señor Singh está convencido de que la tormenta estallará en cualquier momento. Pregunta si quiere continuar con el rumbo.

—¿Alguna posibilidad de esquivarla?

—No si no queremos darles más ventaja a los franceses, señor. El señor Singh calcula que a este ritmo nos alcanzarán en menos de tres horas.

El capitán cerró los ojos. Pensaba mejor en la oscuridad, cuando su mente podía dibujar un mapa de la situación. También lo hacía mejor en silencio, pero la estridencia de unos gritos procedentes de cubierta le desconcentraba por completo.

—Por el amor de Dios, ¿se puede saber qué le pasa al señor Atwood? —dijo Hansford—. ¿Qué son esos alaridos? Parece una gallina clueca.

Phillip contuvo una carcajada a duras penas. Thomas le dio un codazo no muy disimulado. Él también estaba forzando la seriedad en sus labios para no sonreír.

—¡Señores! —les reprendió el capitán—. ¿Ambos son oficiales veteranos a bordo de este barco, al servicio de su majestad, y les voy a tener que separar como a dos guardiamarinas remoloneando sobre sus tareas? Les recuerdo que estamos en guerra. Y no me mire así, señor Cox, ya sé que usted todavía no ha conseguido ascender. Pero ya vestiría otro uniforme si se centrara un poco en su carrera y estudiara de una maldita vez para su examen de teniente. Compórtese

con propiedad o no volverá a llevar ante el tribunal una carta de recomendación a mi nombre.

—Lo siento, señor.

—Vuelvan a sus puestos.

Los dos saludaron apresuradamente y desaparecieron escaleras arriba.

—Pobres muchachos. Creo que se han hecho un poco de pis encima.

Hansford por fin había encontrado lo que andaba buscando en el armario y volvió a la mesa cargado con media docena de botellas de vino.

—No seas blando con Cox sólo porque se parezca a ti —le reprochó el capitán.

—¿A mí?

—Es igual de insolente, y cree que con su encanto se va a salir siempre con la suya. Aunque no, miento. Tú serías capaz de encantar a las serpientes y él, de irritar hasta a las piedras.

—Gracias.

Fellowes suspiró y agarró los últimos documentos que quedaban.

—Esto me pasa por tener oficiales tan jóvenes a bordo. En el primer barco en el que serví, el primer teniente rozaba los cincuenta años, ¡y ahora casi ninguno en la flota llega a los treinta! ¿Cuántos tiene Byrne? ¿Veintitrés celebró el mes pasado? Un crío a punto de que le den su primer mando.

—Es lo que tiene la guerra, amigo mío. Más bajas, más barcos. Se muere más pronto y se asciende más rápido.

El capitán le dio la razón en silencio. Sus dedos acariciaron las líneas de las últimas cartas náuticas que le quedaban por guardar, resistiéndose a admitir todavía la derrota.

—En fin —suspiró—. Al final ni siquiera estábamos tan lejos. Si todo hubiese salido bien, quizá podríamos haber virado al norte a hacerle una visita y reponer víveres.

—¿A quién?

—A Ellie. —Fellowes señaló un punto en el mapa, junto a la diminuta caligrafía que dibujaba el letrero de «Antillas Menores»—. Está ahora mismo aquí, en la isla de Monserrat. Estamos un poco al sur del archipiélago, pero no demasiado lejos, y con el bloqueo ningún barco habrá podido salir en dirección a Inglaterra.

—¿Ellie?

Hansford estaba tan concentrado en descorchar las botellas que casi ni le prestaba atención.

—Ellen. Mi hija. Tu ahijada —respondió el capitán—. A su madre y a mí no nos hacía demasiada gracia un viaje tan largo, con lo delicada que está... y la pobre tampoco quería ir. Pero la hermana del almirante Levertone se empeñó en que la acompañara a visitar la plantación que la familia tiene allí, ¡hasta presionó al doctor Barry para que diera su aprobación! Estas señoras saben cómo ser insistentes.

Por fin, el corcho de una de las botellas saltó con un ligero «pop».

—¡Sí! —exclamó el mayor con deleite.

—Por favor, Arthur. Dime que no te vas a poner a beber justo ahora.

—Claro que no, pero no voy a dejar que los franceses se beban las mejores botellas de Madeira que te regalé —respondió él—. Voy a volcarlas en una garrafa y estas las rellenaré con licor del malo y aguado, para que se atraganten.

—¿Y si al final no nos abordan? ¿Me vas a tener sirviendo el vino de las cenas de una garrafa como en la taberna más sucia de Portsmouth?

—No te apures, Samuel. Lo tengo todo pensado. Si al final todo sale bien, ganaremos por partida doble, pues tú y yo nos beberemos el vino bueno cuando nos plazca, y tu despensero y los guardiamarinas, cuando cojan a escondidas las botellas, aprenderán con la práctica a no robarle el vino a su capitán.

De nuevo oyeron pasos en la escalera.

—Disculpe, señor. —Thomas llegó con el aliento entrecortado—. Debería subir a cubierta.